

XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires, 2009.

La estratificación biográfica. Bifurcaciones en la transición a la adultez en Uruguay.

Verónica Filardo, Gabriel Chouhy. y Laura Noboa.

Cita:

Verónica Filardo, Gabriel Chouhy. y Laura Noboa. (2009). *La estratificación biográfica. Bifurcaciones en la transición a la adultez en Uruguay. XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-062/1877>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

La estratificación biográfica

**Bifurcaciones en la transición
a la adultez en Uruguay**

Verónica Filardo

Gabriel Chouhy

Laura Noboa

Investigadores del Departamento de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República.

veronica@fcs.edu.uy

gchouhy@fcs.edu.uy

lauranoboa@gmail.com

LA ESTRATIFICACIÓN BIOGRÁFICA: BIFURCACIONES EN LA TRANSICIÓN A LA ADULTEZ EN URUGUAY¹

Gabriel Chouhy

Laura Noboa

Verónica Filardo

La formación del hogar propio, la tenencia del primer hijo, la desvinculación del sistema educativo, la primera convivencia en pareja y la inserción en el mercado de trabajo han sido los eventos destacados por los estudios sobre “transición a la adultez”. Esos “hitos” marcan de modo irreversible las biografías y condicionan fuertemente las trayectorias vitales futuras. Así, el modo en que se articulan temporalmente para cada cohorte de nacidos y, dentro de cada cohorte, en diferentes estratos sociales, modulará las oportunidades de inserción de “las juventudes” en la sociedad, y configurará “temporalidades diferenciales” subjetivamente percibidas.

En el presente trabajo se analiza la distribución de los distintos eventos de transición a la adultez entre grupos de jóvenes (definidos en esta encuesta según tramos de edad cronológica), y su asociación al nivel educativo alcanzado que, como se verá, constituye un factor determinante en la estratificación de las biografías de distintos sectores sociales. En segundo lugar, se muestra cómo las trayectorias estratificadas se corresponden con orientaciones valorativas diferenciales en relación con la importancia atribuida a la educación y los significados del trabajo. Finalmente, se extraen algunas conclusiones.

1. La estratificación de las transiciones

Eventos como la formación del hogar propio, la tenencia del primer hijo, la desvinculación del sistema educativo, la primera convivencia en pareja y la inserción en el mercado de trabajo constituyen hitos fundamentales de las biografías individuales de las personas. El modo como se concentran y se ordenan temporalmente incide fuertemente en las características del pasaje que va desde la juventud a la vida adulta. En el período de la vida comprendido entre los 18 y los 30 años

1

¹ Esta ponencia deriva de la investigación realizada en el proyecto “Juventudes sudamericanas: Desafíos para la democracia regional” por una red de investigación americana con la coordinación de IBASE- POLIS (Brasil) integrada por CIDPA (Chile), PIEB (Bolivia); Fundación SES (Argentina); BaseIS (Paraguay); y Cotidiano Mujer-GEUG- DS- FCS- UdelaR (Uruguay).

(precisamente, los tramos de edad foco de esta encuesta) se procesan la mayoría de estos eventos. La juventud es, por tanto, una etapa *demográficamente densa*, durante la cual se asumen un conjunto de roles laborales y familiares (Ciganda en Varela, 2008). El estudio de la transición a la adultez, y en especial la identificación de los determinantes que operan en la estratificación de los pasajes al mundo adulto, resulta entonces relevante para la comprensión de la reproducción social de los privilegios y desventajas (Idem).

Numerosos estudios realizados en los países desarrollados han constatado una tendencia generalizada a posponer los eventos clave que constituyen este período. La postergación en la asunción de roles y responsabilidades adultas (nuevamente, la idea de moratoria social) permite a los jóvenes ampliar el período de experimentación a nivel vocacional y afectivo, al tiempo que extiende las posibilidades de adquirir una formación más sólida para el ingreso a un mundo laboral cada vez más demandante de conocimientos y competencias específicas (Idem). No obstante, a pesar de que el retraso de la fecundidad y la continuidad de los estudios se constata en todos los países desarrollados, persisten importantes diferencias en el modo de encadenamiento de los distintos eventos, que han sido asociadas al régimen de bienestar imperante en los distintos países y a la mayor o menor supervivencia de modelos tradicionales de familia. Por ejemplo, en Estados Unidos y los países del norte europeo la dimensión privada de la transición (independencia del hogar y convivencia) se procesa a edades tempranas, mientras se posterga la dimensión pública (educación y empleo). En los países de Europa continental y las democracias liberales anglo-sajonas se presentan situaciones intermedias, mientras que en los países mediterráneos se habla de un modelo de transición extremadamente tardío (todas los eventos se postergan simultáneamente). En América Latina también se ha verificado una tendencia incipiente al retraso de estos eventos, bajo un formato similar al de autonomía postergada imperante en el sur europeo (Idem)².

Ahora bien, en base a estos antecedentes, corresponde preguntarse: ¿cuáles son las características distintivas del modelo uruguayo? La tabla 1 y el gráfico 1 resumen algunas variables que informan sobre la prevalencia de estos eventos clave de la transición para distintos tramos de edad, sexo y nivel educativo. Analizadas conjuntamente, estas variables informan sobre los distintos modelos de transición a la adultez prevalecientes en nuestro país.

2

¹ En Varela 2008, Ciganda realiza un recorrido exhaustivo de los distintos modelos de transición a la adultez estudiados en Europa, EEUU y América Latina.

La primera observación sobre el modelo de transición uruguayo es que las mujeres se autonomizan de su familia de origen con anterioridad a los hombres. Así, casi un 30% de mujeres del tramo de edad de 18 a 24 años vive en un hogar propio³, un 7% más que los hombres. El nivel educativo está estrechamente relacionado con la probabilidad de ocurrencia de este evento: entre los que alcanzaron únicamente la educación primaria ya formaron hogar propio el 33% de los hombres y el 42% de las mujeres, mientras que entre los de mayor educación la cifra desciende bruscamente a 12% y 17% respectivamente.

Algo similar sucede con la convivencia en pareja: los hombres jóvenes son mucho menos propensos a formar pareja que las mujeres jóvenes (11% y 29% respectivamente para el total de la población en el tramo considerado). Además, los efectos del nivel educativo sobre la probabilidad de ocurrencia de este evento no son tan pronunciados entre los hombres (desciende sólo 5 puntos entre primaria y terciaria), mientras que la diferencia en la proporción de mujeres que formó pareja alcanza los 30 puntos si comparamos a las que alcanzaron la educación terciaria con las que apenas terminaron la escuela.

La tercera transición familiar relevante tiene que ver con el inicio del ciclo reproductivo. Así, más de un tercio de las mujeres y algo más de un décimo de los hombres que tienen entre 18 y 24 años tienen al menos un hijo. Aquí la brecha entre hombres y mujeres está fuertemente condicionada por el nivel educativo: entre los jóvenes que solo alcanzaron la educación primaria la diferencia entre hombres y mujeres en el inicio de la fecundidad es de 40 puntos. La brecha cae abruptamente entre los de formación terciaria (la proporción de mujeres que tuvo hijos es marginal y apenas

3

¹ Es necesario distinguir entre emancipación y autonomía. Para ello nos basamos en la tipología elaborada por Rama y Filgueira para describir el proceso de autonomización de los jóvenes respecto a su hogar de origen: 1) Emancipados autónomos: constituyeron familia –legal o de hecho- y habitan en un hogar propio y separado del de sus padres; 2) Emancipados no autónomos: constituyeron una familia pero viven en el hogar de los progenitores de alguno de los conyugues; 3) Independientes autónomos: continúan como solteros pero han constituido su propio hogar, 4) Independientes no autónomos: no han conformado familia, viven en hogares cuyos jefes son otros familiares y otros no parientes, o han retornado al hogar de origen. A lo largo del presente trabajo preferimos utilizar el concepto de autonomía, aunque no se ajuste estrictamente a ninguna de estas categorías. Operacionalmente, se consideran autónomos a quienes declaran ser los jefes de hogar o cónyuges del jefe de hogar (aportan los mayores ingresos). Nótese que según esta definición, los jóvenes autónomos pueden no estar emancipados (pueden vivir en un hogar propio pero no haber conformado familia), pero también pueden no ser autónomos (viven en el hogar de origen aún siendo jefes de hogar).

superior que la registrada entre los hombres), lo cual es indicativo del efecto que tiene el aumento de las aspiraciones educativas sobre el retraso de la fecundidad.

Aún más interesante resulta la lectura vertical de la tabla, que permite una mirada de conjunto sobre la distribución de estos eventos. En este sentido, no solo la transición a la adultez se inicia con posterioridad (y con pocas diferencias) entre los hombres y mujeres que alcanzaron la educación terciaria, sino que ésta además parece más ordenada y claramente habilita mayores espacios de libertad y decisión. Así, la proporción de mujeres autónomas es 7 puntos mayor (para este tramo y nivel educativo) que la proporción que vive en pareja y tiene hijos. A su vez, la prevalencia de estos dos últimos eventos es sorprendentemente idéntica (tanto para hombres y mujeres), lo cual revela que la autonomización es anterior y relativamente independiente de la formación de una familia y, en su momento, la convivencia en pareja viene acompañada del inicio del ciclo reproductivo.

Lo contrario sucede entre los de menor nivel educativo. Al menos para las mujeres de este tramo (no así para los hombres) la autonomización se superpone a la convivencia en pareja (ambas proporciones rondan el 40%). Pero además la proporción de mujeres con hijos es 20 puntos superior a la de mujeres autónomas y en pareja, lo cual habla de la fragilidad e inestabilidad de los vínculos en este estrato. Si a ello agregamos la baja tasa de actividad (que además esconde el más alto desempleo registrado en un tramo de edad y sexo específico) y la ya consolidada desvinculación del sistema educativo, se configura un escenario de extrema vulnerabilidad: estas mujeres deberán hacerse cargo de sus hijos, sin la ayuda de una pareja, y con serias dificultades de conseguir un empleo estable y bien remunerado.

El análisis del tramo siguiente (los jóvenes de 24 a 29 años) confirma varias de las tendencias estructurales recién esbozadas, con la obvia diferencia de que en edades más avanzadas de la juventud aumenta la prevalencia de todos los eventos aquí estudiados. Cumplidos los 25 años, 2 de cada 3 hombres (y algo más entre las mujeres) se han autonomizado de sus hogares. Ahora bien, es igualmente sorprendente que un tercio de los jóvenes de esta edad (o incluso más viejos) todavía siga viviendo con su familia de origen, lo cual estaría indicando serias limitaciones en la estructura de oportunidades. En este sentido, cabe suponer que las condiciones del mercado de empleo, el apoyo de las familias y el desarrollo de políticas públicas fundamentales como las de vivienda están fallando a la hora de proveer oportunidades de autonomización a los jóvenes. La consecuencia más

evidente de estas falencias es la consolidación de un patrón de autonomización familiar tardío, similar al registrado en los países de la Europa mediterránea⁴.

En relación a la formación de parejas, nuevamente se constata para este tramo que las mujeres forman pareja antes que los hombres (56% de las mujeres están casadas o en unión libre, contra un 42% de los hombres). El efecto del nivel educativo sobre la probabilidad de este evento sigue siendo pronunciado, pero ahora afecta en mayor medida a los hombres que a las mujeres: sólo el 28% de los hombres con educación terciaria formaron pareja, mientras que entre los que apenas alcanzaron la enseñanza primaria el evento se registra en más de la mitad de la cohorte.

Respecto al inicio del ciclo reproductivo, ya dos tercios de las mujeres de este tramo tienen al menos un hijo, pero entre los hombres la proporción todavía no llega a la mitad de la cohorte. Las diferencias según nivel educativo siguen siendo marcadas. Así, entre las mujeres con mayor educación solo un tercio inició su etapa reproductiva, mientras que lo hicieron más de 8 de cada 10 mujeres con educación primaria.

Finalmente, la lectura conjunta nuevamente muestra la desigualdad de oportunidades constatada para el tramo de edad anterior. Para los que accedieron a la educación terciaria (tanto hombres como mujeres) la proporción de autónomos es mayor que la proporción que vive en pareja, que a su vez es mayor que la proporción que tuvo al menos un hijo. La prolongación del “derecho a la juventud” (mayor autonomía personal sin asumir gran parte de las responsabilidades adultas) es una consecuencia natural de este modelo de transición. Esta ampliación de la “moratoria social” se combina con un acceso generalizado al mercado de trabajo, especialmente entre las mujeres, que presentan tasas de actividad casi paritarias respecto a los hombres.

4

¹ Las consecuencias de este estilo de transición tardía sobre la fecundidad han sido largamente estudiadas en los países del mediterráneo occidental, en especial en España e Italia. Se ha constatado que la mayor permanencia en el hogar de origen responde, en primer lugar, a la predominancia de patrones normativos tradicionales respecto a la conformación de las familias (*family friendly*) y, en segundo lugar, a una estructura de oportunidades poco centrada en la socialización de los costos de reproducción. Si a ello se le agrega el efecto de una mayor permanencia en la educación y el retraso en el ingreso al mercado de trabajo, nos encontramos frente a un cuadro agudo de inconsistencia de status, que se resuelve en gran medida llevando a la fecundidad muy por debajo de los niveles de remplazo. Una discusión más profunda sobre este asunto puede encontrarse en el artículo de Ciganda (Varela, 2008). Un ya clásico texto sobre los efectos de la inconsistencia de estatus sobre la fecundidad puede encontrarse en Filgueira, 1983.

En el otro extremo, la situación de las mujeres de menor nivel educativo sigue siendo problemática. La proporción de las que tienen que hacerse cargo de sus hijos supera el 80%, casi 20 puntos mayor que la proporción que vive en pareja. Esto no configuraría un problema en sí mismo si el acceso al mercado de trabajo compensara la fragilidad en los vínculos conyugales (la proporción de autónomas es 15 puntos mayor que la proporción que vive en pareja); no obstante en este tramo la tasa de actividad femenina continua siendo extremadamente baja (sólo 2 de cada 3 mujeres es activa), y ello sin considerar que el riesgo de desempleo afecta fundamentalmente a los trabajadores de menor calificación.

2. La estratificación de las percepciones sobre la educación y el trabajo

Esta bifurcación de los caminos que llevan a la asunción de roles adultos (lo que aquí denominamos “estratificación biográfica”) trae implícita una distribución diferencial de las oportunidades de movilidad social ascendente. De alguna manera, las posibilidades que tienen las personas de llevar una *vida digna y saludable* (en el sentido de Sen) a través del trabajo y la educación están fuertemente afectadas por el modo en que se procesa esta etapa de transición. Y no llama la atención que la estratificación de las trayectorias juveniles –detectada de acuerdo al nivel educativo alcanzado– se corresponda con orientaciones valorativas diferenciales respecto a la importancia de la educación y los significados del trabajo.

En primer lugar, como lo indica la tabla 2, la importancia que adquiere el capital escolar para insertarse en el mercado de empleo es valorado en proporción directa al nivel educativo acumulado de la persona, pero además las diferencias entre los de mayor y menor educación sobre este asunto disminuyen a medida que aumenta la edad, lo cual es indicio de que entre las generaciones más jóvenes el consenso sobre la importancia que tiene la educación es más débil en relación con las generaciones más viejas. A su vez, los que cuentan con mayor capital escolar acumulado tiendan a valorar en menor medida la experiencia laboral como factor determinante de las oportunidades de empleo. De algún modo, el capital escolar acumulado opera como sustituto eficaz frente a los “déficit de experiencia” que naturalmente presentan aquellos que ingresan tardíamente al mercado de empleo y retrasan el abandono del sistema educativo. Tampoco llama la atención que la importancia del capital social (acceso a contactos para conseguir empleo) sea destacada fundamentalmente por los jóvenes de menor nivel educativo. Cuando no se cuenta ni con

experiencia ni calificaciones específicas, la ayuda de personas con capacidad de influir en las decisiones de los empleadores resulta clave para escapar al desempleo.

En segundo lugar, los significados que adquiere el trabajo están también altamente estratificados (tabla 3). Para los jóvenes de mayor nivel educativo, la decisión de trabajar no está constreñida por la necesidad o la obligación: el trabajo es sinónimo de “independencia económica” y, en el mejor de los casos, producto de una elección “vocacional”, claramente voluntaria. En cambio, los jóvenes provenientes de los estratos más desfavorecidos no ven en la actividad laboral un medio para la realización personal (habría que preguntarse entonces qué otros espacios de realización existen), ni tampoco asegura la independencia económica. El trabajo significa mayoritariamente una “necesidad”, o directamente una “obligación”.

En tercer lugar, el análisis realizado exploró en las explicaciones subjetivas respecto al abandono del sistema educativo formal (tabla 4). Para los tramos de edad más jóvenes el peso de las explicaciones “individualistas” (que sitúan a las personas como únicos responsables, como por ejemplo el desinterés) disminuye a medida que aumenta la educación del encuestado. O sea, los menos privilegiados son los que más tienden a exonerar al sistema educativo de responsabilidades frente al fracaso escolar. Dentro de las causas “externas” (que focalizan en constricciones materiales, carencias familiares o falencias del propio sistema educativo), también se observan diferencias relevantes según el nivel educativo alcanzado. La incompatibilidad entre trabajo y estudio es mayoritariamente destacado por los jóvenes con alto nivel educativo (que son a su vez los que más trabajan y estudian simultáneamente), mientras que el escaso apoyo familiar y la falta de dinero para transporte y otros gastos (fuertemente asociadas a privaciones materiales) son las principales causas externas identificadas por los jóvenes de menor nivel educativo.

3. Conclusiones

En este trabajo se ha presentado un análisis conjunto de los procesos de transición a la adultez y las orientaciones valorativas sobre el trabajo y la educación que surgen a partir de la diferenciación de las trayectorias biográficas. La consideración heurística de estas dos dimensiones resulta vital para construir una mirada comprensiva sobre los procesos de diferenciación social de la juventud. En este sentido, se ha visto cómo las trayectorias biográficas de los jóvenes presentan una progresiva “des-estandarización”, y que el modo en que se estructura el ciclo de vida de los jóvenes sigue el

formato de una creciente diferenciación social, según la cual el acceso a oportunidades educativas (y por tanto laborales) constituye un factor clave.

La diferenciación creciente de los cursos de vida evidenciada en este estudio no solo establece restricciones en el ejercicio del “derecho a la juventud” en los sectores populares, sino que además garantiza la reproducción social de los privilegios y las desventajas. En otras palabras, una sociedad que presenta un alto grado de diferenciación en los modelos de transición a la adultez y en las orientaciones valorativas sobre el trabajo y la educación reduce las ya escasas posibilidades de alterar significativamente el sistema de estratificación social vigente y, en última instancia, reproduce las inercias estructurales que sostienen en el tiempo la persistencia de las desigualdades.

Referencias

- Varela, C. (coord): "Demografía de una sociedad en transición. La población uruguaya a inicios del siglo XXI?". Programa de Población. Montevideo, Editorial Trilce. 2008
- Filgueira, C.: "Comportamiento reproductivo y cambio social". CIESU. Montevideo, Acali Editorial. 1983